



Sin embargo, la creencia en el diluvio universal estaba también muy extendida entre los Egipcios, cuando sus sacerdotes dijeron á Solon, que despues de ciertos períodos de tiempo, una inundacion enviada del cielo cambió la faz de la tierra; que el género humano habia perecido muchas veces de diferentes maneras, y que esta era la razon por qué la nueva raza de los hombres carecia de monumentos y de conocimientos de los tiempos pasados (1).

En cuanto á los caldeos y asirios, un sin número de autores celebrados de la antigüedad, nos muestran que la historia del diluvio no estaba olvidada entre ellos. El que nos queda con fragmentos más considerables, es Beroso, famoso astrónomo caldeo, que escribió una historia del reino de Babilonia, cerca de tres siglos antes de Jesucristo. Es citado por Plinio, Vitruvio, Clemente de Alejandría, Tertuliano y Eusebio. Da una série de diez reyes, que él supone reinaron en Babilonia antes del diluvio; el primer rey, llamado *Alorus*, parece haber sido Adam, como *Xisuthrus*, el último, parece haber sido Noé. *Alorus* declaró que Dios mismo le habia hecho pastor del pueblo; y á decir verdad, si algun hombre ha podido pretender que su dominacion fué de institucion divina, este debió ser Adam (2).

Durante el reinado de Xisuthrus, el décimo rey ó patriarca, sucedió un diluvio, del cual Beroso refiere las circunstancias siguientes: «Chronos ó Saturno apareció en sueños á Xisuthrus, y le avisó que el décimoquinto día del mes de Esius el género humano seria destruido por el diluvio. Le ordenó poner aparte el origen, la historia y el fin de todas las cosas, y esconder estos escritos en *Sippara*, la ciudad del sol. Le ordenó además construir una nave y entrar en ella con sus parientes y sus amigos, y despues de haber colocado las provisiones necesarias, y de haber hecho entrar aves y cuadrúpedos; y cuando se hubieron provisto de todo, si se le preguntaba adónde iba con su nave, que respondiese: Hacia los dioses,

(1) Plato in *Tim.*

(2) Abyden., *Ex Beroso apud Syncel.*, pág. 38.

para rogarles que hagan feliz al género humano.

»Xisuthrus ejecutó sus órdenes y construyó una nave, cuya longitud era de cinco estadios y su anchura de dos estadios. Hizo conducir todo cuanto se le habia prescrito á bordo del navío, y entró en él con su mujer, sus hijos y sus amigos. Habiendo venido el diluvio y habiendo cesado poco tiempo despues, Xisuthrus dejó volar ciertas aves, que no encontrando, ni comida, ni lugar donde reposar, volvieron á la embarcacion. Algunos dias despues, Xisuthrus soltó aún las aves, que volvieron con un poco de lodo en las patas; pero cuando las hubo permitido volar por tercera vez no las vió más, lo cual le hizo comprender que la tierra comenzaba á secarse. Hizo entonces una abertura en uno de los costados del navío, y vió por este medio que estaba detenido sobre una montaña; salió con su mujer, su hija y el piloto de la nave; inmediatamente, habiendo adorado la tierra, erigido un altar y sacrificado á los dioses, él y los que le habian acompañado desaparecieron. Los que habian quedado en la nave, viendo que Xisuthrus, su mujer, su hija y el piloto no volvian, echaron pié á tierra para buscarle, llamándole á grandes voces, pero no le volvieron á ver más. Una vez que salió del aire, les ordenó que fueran religiosos, les dijo que la piedad de Xisuthrus le habia hecho ser trasportado á la mansion de los dioses, y que los que le habian acompañado habitarian el mismo lugar. Les prescribió que se dirigiesen á Babilonia, que tomasen los escritos que estaban en *Sippara*, y que formasen el género humano; en fin, la voz les dijo que encontrarían á *Sippara* y los escritos de Xisuthrus en el país de Armenia. Habiendo cesado de hablar la voz, ofrecieron sacrificios á los dioses y tomaron de comun acuerdo el camino de Babilonia. Cuando allí llegaron desenterraron los escritos de los cuales se les acaba de hablar, construyeron muchas ciudades, erigieron templos y reedificaron á Babilonia (1).»

(1) Alex. Polyhist., *Ex Beroso apud Syncel.*, páginas 30, 31, et apud Cyril. *contra Julian.*, lib. I; Abyden., *Ex eodem apud Syncel.*, págs. 38, 39, et apud Euseb. *de præp. ev.*, lib. IX, cap. XII.



Abydenus, en su *Historia de Asiria*, y Alejandro, por sobrenombre Polyhistor, á causa de su vasta erudicion, hablaban como Beroso y le citaban. Este último añadia además, entre otras cosas: «Dícese que aún se ven los restos de esta nave sobre la montaña de los Cordianos en la Armenia, y algunos sacan de este lugar trozos de betun del que estaba revestida, y se sirven de él como de un preservativo. Jerónimo de Egipto, en sus *Antigüedades fenicias*, Mnaseas y muchos otros, dice el historiador Josefo, contaban las mismas cosas; Nicolás de Damasco, tan célebre bajo Augusto, escribía en el libro noventa y seis de su historia: «Hay en la Armenia, en la provincia de Miniada, una elevada montaña llamada Baris, donde se dice que muchos se salvaron durante el cataclismo, y que una arca, cuyos restos se han conservado mucho tiempo, y en la cual se habia encerrado un hombre, se detuvo sobre esta montaña.» Este es aparentemente aquel de quien habla Moisés, el legislador de los judíos. Este autor no se equivocaba mucho; Josefo añade que los armenios llamaron al sitio en donde Noé ofreció su sacrificio, el *lugar del descenso*. Este lugar, que llegó á ser una ciudad, existe aún al pié de los montes de Ararat, y lleva el nombre de *Nachidchevan*, que tiene, en efecto, este significado. Los armenios de nuestros dias sostienen, como hacen los de otros tiempos, que subsiste todavía el arca sobre la montaña, en donde se detuvo.

Por lo que respecta á los griegos, y por consecuencia á los romanos, hé aquí cómo Luciano, hablando de un famoso templo en Hierápolis de Siria, compendia su tradicion sobre el diluvio: «El mayor número dice que este templo fué construido por Deucalion el escita, luego que terminó la gran inundacion. He oído en Grecia lo que cuentan acerca de este personaje los griegos. Su relacion es la siguiente: La raza actual de los hombres no es la primitiva, la cual ha perecido enteramente, sino una segunda generacion descendiente de Deucalion. Los hombres de la primitiva raza eran injustos, insolentes, perjuros, sin hospitalidad hacia los extranjeros, sin piedad para los humildes; lo cual les atrajo una gran calamidad. A la vez,

salió de la tierra una prodigiosa cantidad de agua y cayó mucha lluvia, los rios se desbordaron y la mar subió hasta una altura considerable, de suerte que todo se inundó de agua y todos los hombres se ahogaron. Sólo Deucalion fué conservado para una nueva generacion, á causa de su sabiduría y de su piedad. Entró en una grande arca con sus hijos y sus mujeres; despues hizo entrar cerdos, caballos, leones, serpientes y todas las demás criaturas que vivian sobre la tierra, todas por parejas; les recibió á todos, y ellos no le causaron ningun mal, habiendo formado la Divinidad entre ellos y él una gran amistad. Navegaron, pues, todos en una misma arca mientras las aguas prevalecieron. Hé aquí lo que los griegos cuentan de Deucalion.» Luciano añade que los hierapolitanos seguian una antigua tradicion, segun la cual se habia formado en su país una gran abertura, por donde se habia engolfado toda el agua del diluvio. Deucalion construyó en el mismo lugar altares y un templo. Luciano vió esta abertura, que entonces era bastante estrecha; dos veces al año se llevaba allí agua del mar en memoria de lo que allí habia tenido lugar, y se veia practicar esta ceremonia, no solamente á los sacerdotes, sino á toda la Siria, á la Arabia y á una multitud de hombres que acudian con este motivo hasta de las riberas del Eufrates. Deucalion lo habia mandado así, se decia, para que se recordase á la vez el castigo y el beneficio (1).» Plutarco narra otra circunstancia del diluvio, cuando dice: «Se cuenta que una paloma, enviada del arca, anunciaba á Deucalion la tempestad cuando volvia á entrar, y el buen tiempo cuando permanecia fuera (2).»

Otros escritores griegos llaman Ogiges al personaje bajo el cual tuvo lugar el gran cataclismo. La razon de esta diversidad de nombres, es fácil de concebir: de la misma manera que los helenos propiamente dichos tenian un diluvio de Deucalion, porque miraban á Deucalion como su primer autor, los autochthones ó indígenas de la Ática tenian un Ogiges,

(1) Plut., *De Dea Syr.*

(2) Plut., *De solertia animal.*



porque en este personaje comenzaban su historia. Esto mismo sucede con respecto á las demás naciones. Coxcox, Tezpi, Teoci-pactli, en América; Ti-ko, en la China; Satyavrata, Menu, en la India; Xisuthrus, en la Asiria; Ogiges y Deucalion entre los griegos; siempre es el mismo diluvio que ha destruido el mundo anterior y comenzado un mundo nuevo; siempre es el mismo Noé, padre de una generacion nueva, que cada pueblo quiere tener por primer autor; en lo cual todos tienen razon, porque en el fondo ha sido el primer autor y el primer rey de todos los pueblos. Las circunstancias principales son las mismas en todas partes y designan un mismo y único suceso principal. Hasta en las épocas, que desde luego pareciera que no habian de convenir á una misma fecha, concuerdan con la *Biblia*. Segun el texto griego y Samaritano, el diluvio de Noé habia tenido lugar cerca de 3100 años antes de Jesucristo: ahora bien; segun el cálculo de un sábio orientalista (1), el diluvio indiano de Satyavrata, ó Menu, se remonta al 3101; el diluvio chino de Kong-Kong, al 3082. En cuanto al diluvio griego de Ogiges, el más sábio entre los romanos, Varron, le colocaba en el 2376 antes de Jesucristo, lo cual está de acuerdo en cerca de veintisiete años con el texto hebreo, que coloca el diluvio de Noé en el 2349.»

Todo el mundo convendrá que para una época tan lejana no podia esperarse más acuerdo.

No solamente todo el género humano se levanta para atestiguarlos con todo el conjunto de sus historias, que Dios le ha castigado por un diluvio hace unos cuatro ó cinco mil años, y que somos una generacion renovada por el agua, sino que las piedras, las plantas, los animales, las montañas, los abismos, los continentes y los mares, nos revelan este mismo cataclismo.

La tierra, fracturada por algunos parajes hasta en sus entrañas; sus diversos lechos, arrojados los unos sobre los otros como las olas de un océano furioso; las montañas, las plantas, los valles, ocultando enormes montones de conchas, de peces, de plantas marinas petrifi-

(1) *Asia polyglotta* de Klaproth.

cadas; elefantes del Asia y del África sepultados en la Gran Bretaña; cocodrilos de Egipto hundidos en las tierras de Alemania; huesos de peces de América y esqueletos de ballenas sumergidos en las arenas de nuestro continente; por todas partes se hallan incrustadas en las piedras, hojas, plantas, frutas, cuyas especies nos son desconocidas, ó que no se encuentran sino en climas más remotos que el nuestro. Hé aquí bien irrecusables testimonios de un diluvio universal y del horrible trastorno que ha producido en nuestro globo. Los antiguos no habian notado estos hechos. Su observacion ha venido á producir en nuestros dias una ciencia nueva, conocida bajo el nombre de geología ó ciencia de la tierra. Cuanto mayores son los progresos que hace esta ciencia, más se convence esta de que la tierra misma es el primer monumento histórico de las revoluciones que ha experimentado.

Así como los reyes, no contentos con hacer escribir sobre el papel los grandes sucesos de su reinado, perpetúan su recuerdo sobre el mármol y el cobre, del mismo modo Dios, no contento con hacer escribir á Moisés las pavorosas maravillas de su justicia y de su poder, ha petrificado la historia sobre toda la tierra.

Uno de los sábios que más han contribuido á hacer de la geología una ciencia verdadera, y que durante su vida recorrió toda la extension del Asia y una parte muy notable de las dos más grandes cordilleras de montañas, nos dice él mismo que se ha convencido por sus propias observaciones de la realidad del diluvio, de esta catástrofe cuya existencia confieso, dice él, no he podido concebir hasta que he recorrido estas regiones y visto por mí mismo todo lo que puede servir de prueba á este suceso memorable. Encontró sobre las montañas de la Siberia muchos esqueletos enteros de elefantes y de otros animales, revestidos aún de sus pieles; sobre todo un rinoceronte, cuya piel, tendones, ligamentos y partes cartilaginosas, subsistian aún. Ha deducido necesariamente que sólo una inundacion general, tal como la del diluvio de Moisés, ha podido forzar á los elefantes á ganar la altura de las montañas, ó tambien ha podido trasportar allí sus cadáve-



res. Siendo la Siberia la region más elevada del Asia, ha debido ser sumergida la última, y por esto naturalmente han debido refugiarse en ella con preferencia los seres vivos; sobre todo, si, como es probable, las aguas vinieron particularmente del Este y del Sud, como así puede deducirse del gran número de plantas de las Indias y de la China que se encuentran en las más remotas provincias (1). Lo que ha conservado estos cadáveres desde hace tantos siglos, es el excesivo frio que hace constantemente en estas montañas. Como estos animales no viven más que en la zona tórrida, hay que deducir que cuando el agua les condujo ó les sorprendió en la Siberia, la temperatura era extremadamente dulce, sea que lo fuese antes, sea que Dios no produjo este aumento de temperatura sino durante el diluvio y para fundir los hielos de los polos. A medida que las aguas se retiraron, el frio vendria á imprimir el sello de la eternidad sobre estos singulares monumentos de nuestra historia.

No solamente la tierra lleva en todas partes la indeleble marca del diluvio, sino que hasta en las playas ha inscrito los años. Por ejemplo: todos los años las lluvias y las nieves fundidas sacan de lo alto de las montañas y de las colinas la tierra que llevan en los manantiales y en los rios, y que estos acarrean y depositan en parte, ya en las campiñas vecinas, ya en el mar. Por estos depósitos sucesivos y continuos, el lecho de los rios se eleva, así como los llanos que inundan, y el mar se retira á su embocadura. Se ve en Egipto, en donde por los depósitos anuales del Nilo, no sólo el lecho de este rio, sino que las tierras que sumerge regularmente, están considerablemente más elevados que hace algunos siglos; nuevos promontorios formados á su embocadura, van usurpando al Océano más y más. Las ciudades de Roseta y Damietta, construidas sobre la orilla del mar hace á lo ménos mil años, están hoy á dos leguas de su playa. Lo mismo sucede en Italia. Se sabe, por el testimonio de Strabon, que en tiempo de Augusto, Rávena estaba en

(1) *Observaciones sobre la formacion de las montañas*, por M. Pallas.

las lagunas, como lo está hoy Venecia, y al presente Rávena está á una legua de la playa. Adria, en Lombardía, que habia dado su nombre al mar, del cual era hace veintitantos siglos un puerto principal, está hoy á seis leguas.

El rio Pó, desde la época en que se le construyeron diques, ha elevado de tal manera su fondo, que la superficie de sus aguas está actualmente más elevada que los techados de las casas de Ferrara; al mismo tiempo sus terrenos han avanzado en el mar con tanta rapididad, que comparando las antiguas cartas con el estado actual, se ve que la costa ha ganado más de seis mil toesas desde 1604, lo que hacen ciento cincuenta ó ciento ochenta piés, y en algunos parajes doscientos piés por año. Ahora bien: conociendo lo que un rio deposita por aluvion en un tiempo dado, se puede calcular, por el total de los depósitos existentes, desde qué época, poco más ó ménos, este rio ha comenzado á correr, desde qué época poco más ó ménos las montañas y las colinas han comenzado á desplomarse por la nieve y por la lluvia; en una palabra, desde qué época, poco más ó ménos, nuestro globo se encuentra en el estado presente. Este cálculo ha sido hecho, y se encuentra que estos años de la tierra concuerdan con los años de los pueblos. Este es uno de los resultados á la vez mejor probados y ménos atendidos de la sana geología, dice el hombre de nuestros dias, más capaz de formar juicio sobre estas materias; resultado tanto más precioso, cuanto que une con una cadena no interrumpida la historia natural y la historia humana.

«Yo pienso, dice, con MM. Deluc y Dolomien, que si hay alguna cosa perfectamente deslindada en la Geología, esta cosa es que la superficie de nuestro globo ha sido víctima de una grande y súbita revolucion, cuya fecha no puede remontarse mucho más allá de cinco ó seis mil años; que esta revolucion ha desplomado y hecho desaparecer los países que habitaban antes los hombres y las especies de animales más conocidas hoy; que, por el contrario, ha secado el fondo de la última mar, y ha formado los países hoy habitados; que desde esta re-



volucion, el pequeño número de individuos salvados de ella se ha repartido y propagado sobre los terrenos nuevamente puestos en seco, y por consiguiente, que desde esta época nuestras sociedades han vuelto á tomar una marcha progresiva, han formado establecimientos, elevado monumentos, recogido hechos naturales y combinado sistemas científicos (1).» Así pues, Moisés y los pueblos, y la tierra y la mar, las ciencias y las artes, todo nos atestiguan el cumplimiento de esta palabra dicha al primer Noé: *Yo los destruiré con la tierra* (2).

(1) Discursos sobre las revoluciones de la superficie del globo, por M. Cuvier.
(2) Gén., 6, 13.

Todo nos garantiza tambien, por este mismo concepto, el cumplimiento de esta otra palabra dicha á otro Noé, al piloto de la segunda arca, al príncipe de los Apóstoles: *Los cielos que son ahora y la tierra por la misma palabra se guardan reservados para el fuego en el día del juicio; los elementos se fundirán con el ardor del fuego; y habrá nuevos cielos y una nueva tierra, donde habitará la justicia* (1). Colocados entre estas dos formidables catástrofes, aprovechámonos de la primera, para que no nos veamos envueltos por la segunda. Esta es la conclusion que saca San Pedro.

(1) 2 Pet., 3.



CAPÍTULO II

Confusion de lenguas.—Dispersion de los pueblos.—Abraham, Melchisedech y los demás Patriarcas.—Isaac, Jacob y José, Ismael, padre de los árabes.

Una nueva edad comienza para el género humano. Desde Adam hasta Noé, era un niño bajo el régimen paternal; en este período no se ve nación ni reino; era una sola familia. Desde Noé hasta Jesucristo es abandonado el género humano en cierta manera á sí mismo, para que se haga prudente bajo el remordimiento de sus propios extravíos; en este período, no solamente se ven familias, sino pueblos é imperios; sobre todo, se ve un imperio universal, nacido en Ninive y en Babilonia, pasar sucesivamente de los asirios á los medos y á los persas, de los medos y de los persas á los griegos, y de los griegos á los romanos. Desde Jesucristo hasta el fin del mundo, el hombre, aprovechándose de sus faltas pasadas, así como de las nuevas y más abundantes gracias de Dios, se acercará más y más á la madurez de la sabiduría. En este período habrá siempre familias, pueblos é imperios; pero imperio universal no habrá más que el de Jesucristo, que abrazando todas las naciones en la misma fe, la misma esperanza y la misma caridad, coronará la variedad de las familias y de los pueblos, por la unidad primitiva de la Iglesia universal.

Dios, que forma esta obra de los siglos, procede con orden y medida. Cuando Cristo escogió doce hombres para dar la última mano, no les tomó desde su nacimiento, sino en una edad en que conocian ya todas las miserias de la vida; no les enseñó desde el primer día todos los misterios de su doctrina; les decia despues de tres años: «Tengo aún muchas cosas que decir, pero no podeis llevarlas ahora (1).»

(1) Joan, 16, 12.

Despues de estos tres años de instruccion, no habia hecho aún hombres perfectos, les habia sufrido muchos defectos; sufrió además que uno de ellos le entregase, le negase otro y que todos le abandonasen en el momento crítico. Quería enseñarles á no contar con sus propias fuerzas, sino únicamente con Dios; á ser misericordiosos con los demás, como Dios lo habia sido con ellos. Ahora bien: lo que Cristo ha hecho en la educacion de sus apóstoles, lo hace en la educacion del género humano. Proporciona instrucciones y gracias, castigos y recompensas, á la edad, á la capacidad, al progreso. En la mano de este hábil instructor, todo, hasta las faltas de su discípulo, sirven para formarle. Así, habiendo sido llevado el género humano al fin de su primera edad hasta los más graves desórdenes, Dios le castigó rudamente por el diluvio, no sólo para hacerle sufrir la pena, sino para corregirle, para debilitar en él la propension al mal y fortificar la inclinacion al bien. Hay más: Dios iba á emancipar en cierta manera á este tigre de los siglos, iba á permitirle, aun ordenarle, salir de la familia y marchar por toda la tierra para crear grandes imperios; le era necesario un freno para no abusar de esta libertad nueva; este freno debia ser el recuerdo siempre presente de la terrible correccion que acababa de experimentar. Así, hemos visto que este recuerdo se ha perpetuado hasta los últimos tiempos entre todas las naciones.

Los hijos de Noé, Sem, Cham y Jafet, tuvieron todos tres numerosos descendientes. Estos hombres tenian todos la misma lengua y las mismas maneras de hablar. Se dirigieron desde luego, segun parece, hácia el Oriente.